

sur, de Juan Posada (Espasa, 1986), *Muerte de azúcar. Substancia taurina de México*, de Guillermo Cantú (México, 1984), *Los toros, el periodismo y la literatura en Murcia*, de Juan Barceló Jiménez (Murcia, 1982), *Historia del encierro de toros en Pamplona* (Pamplona, 1980), *La llave de la feria*, de Antonio Díaz Cañabate (Sevilla, 1983), *La plaza de toros de la Real Maestranza de Ronda* (Ronda, 1985), *Las Ventas, 50 años de corridas de toros*, de J.C. Arévalo y J.A. del Moral (Madrid, 1981), *Colombia, tierra de toros*, de Alberto Lopera Loperita (Espasa, 1989), *La Maestranza y Sevilla. 1670-1992* (Madrid, 1992), *Historia de la plaza de toros de la calle de Alcalá*, de Francisco López Izquierdo, en 2 vols. (1985 y 1988), que es muestra del tesón y del esmero con que la Unión de Bibliófilos Taurinos cuida su actividad editorial (mención sobresaliente debe tener esta asociación fundada en los años cincuenta por don José María López Ballesteros, Conde de Colombí y que actualmente preside Salvador Ferrer). Entre sus estudios y reediciones vamos a citar, aunque sea una pobre muestra de un trabajo apasionado y riguroso, la reciente «Carta apologética de las funciones de toros, con una canción al fin, en obsequio del célebre Pedro Romero; dedicada a los buenos españoles, que estiman el mérito donde quiera que lo hallan», facsímil de la obrita de don José de Gomarusa, impresa en la oficina de Antonio Ulloa en 1793 (Madrid, 1991).

A pesar de esta avalancha, vemos, cuando no se trata de biografías y de historias locales, por otra parte interesantísimas, la prevalencia de reediciones sobre reflexiones de clara novedad en lo que atañe al ensayo «stricto sensu». La recuperación histórica de las fuentes clásicas predomina sobre la actualidad de un debate público que acaso ya no exista en su dimensión polémica, reducido a irreconciliables posturas sin argumento (el «pensar en serio» de Ortega es ya todo lo contrario del «no pensar de los serios») o la definitiva abolición de una tematización esencialista que en otro tiempo descifró el enigma que rodeaba a los toros o a España. Esa recuperación de las fuentes tampoco es humo de pajas. La carga de razón con las razones históricas ha alimentado la cultura del nuevo lector de toros, una cultura específica, especializada, que es más la del nuevo público que la del aficionado. No estoy seguro de que alguien puede aficionarse. Sí, sin embargo, de que pueda engrosar las filas del público culto en toros al que el aficionado «por su

educación, su familia y su casa», no dejará de ver como arribista.

Entre las reediciones y recuperaciones «clásicas», aparte de las ya citadas, encontramos algunas publicaciones sobresalientes. Las propias de la mencionada Unión de Bibliófilos son, en primer término, ejemplares, pero nos vamos a detener ahora en otras de mayor divulgación. Deberemos recordar la *Tauromaquia*, del maestro y fundador de la crítica «científica» del toreo, Gregorio Corrochano, en la que Espasa-Calpe reunió en 1989 las admirables páginas que el escritor tituló *Qué es torear. Introducción a las tauromaquias de Joselito y Domingo Ortega, Teoría de las corridas de toros* (en el que construye una verdadera codificación del arte de «ver» una corrida: «Hay que saber mirar; acostumbrarse a mirar para no ver sin mirar; ver no sólo lo que parece sino lo que verdaderamente es») y *Cuando suena el clarín* (en el que insiste sobre un atisbo de «teoría de la recepción de una faena taurina»). También han sido recuperaciones *Antes y después del Guerra* de Félix Bleu (Selecciones Austral, 1983); *Juan Belmonte, matador de toros*, la celebrada biografía de Manuel Chaves Nogales, cuya tercera edición es de 1991 (Alianza Editorial), para celebrar el nacimiento del «torero revolucionario» cuya vida fue encantadoramente novelada en clave de autobiografía por Chaves en 1935 (Ed. Estampa). *Pepe Illo. Una biografía*, del propio Manuel Chaves Nogales, en la mínima y cuidada colección que José Esteban reunió con títulos que mezclaban rescates y nuevas aportaciones, como *La fiesta de toros*, una selección de escritos de don Serafín Estébanez Calderón (también como todas la de este grupo que citamos en *La Idea*. Madrid, 1988); el *Discurso de la caballería de torear*, de don Pedro Mesía de la Cerda (recuperación de edición sevillana de 1887); la *Autobiografía* de Pedro Romero a partir de su correspondencia y escritos varios; *La tauromaquia de Antoñete* de Jorge Laverón, y los poemas titulados *El fulgor del círculo*, de Javier Villán. También se reedita la *Tauromaquia* de Pepe Illo en la Biblioteca de la Cultura Andaluza (Granada, 1984), las *Lecturas taurinas del siglo XIX* (en el que se recogen testimonios de los inicios del toreo en México (Plaza y

ción de Oviedo de 1989, se ocupó también de la correspondiente a esta última capital. Por último, Por las rutas del toro. Geografía europea del toro de lidia (Madrid, 1991) y Torerías de la tierra de Ángel Castañedo (Almería, 1989).

Janés, México, 1987), *Las Capeas y otros escritos antitaurinos*, de Eugenio Noel (Edic. El Museo Universal, Madrid, 1986), *Sobre la caza, los toros y el toreo*, de José Ortega y Gasset (Ed. Alianza, Revista de Occidente, Madrid, 1986), *Toreros del Romanticismo*, de Natalio Rivas, con prólogo de Juan Belmonte (Aguilar, Madrid, 1987), reverdecimiento de la antigua edición aparecida en la colección Crisol en 1947.

Concluamos con lo que la novela y la narrativa en general han aportado al caudal editor de base taurina. Existen, por lo demás, múltiples ejemplos, con frecuencia muy locales y hasta costeados por sus autores, de publicaciones poéticas que harían interminable nuestra lista. Poetas, sin embargo, siguen acercándose a los toros. Felipe Benítez Reyes, publicó en 1987 su *Rafael de Paula* (Colección Quites. Diputación Provincial de Valencia), exquisita y breve estampa del toreo y del torero. Y Luis Jiménez Martos sus *Tientos de los toros y su gente* (Madrid, Rialp, 1981), un anecdotario de amenísimo trazo. Y poetas también los ha habido en gran proporción en la nómina de colaboradores de las publicaciones periódicas de asunto taurino más destacables. Entre ellas, *Quites*, que durante años han dirigido Carlos Marzal y Tomás March en Valencia, una excelente pero, sobre todo, muy característica publicación de los años ochenta; *Taurología*, cuyo primer número aparece en otoño de 1989; y, también, como *Quites*, con el patrocinio de la Diputación de Valencia, los *Cuadernos taurinos* (6 números de 1986 a 1988), de carácter divulgativo y cuidadosamente didáctico.

Por lo que respecta, finalmente, a la suerte corrida por lo taurino en la última producción novelística, no queda por decir sino de su escasez en comparación con las prolijas aunque por mi culpa insuficientes listas anteriores referidas a otros géneros. Tal albur contrasta con una posguerra en la que el tema fue el lugar común de la estampa negra y el tinte realista de la desmitificación, desde Cela a Aldecoa y a Mariano Tudela o Ramón Solís. *El gallego y su cuadrilla* tiene reedición de 1978 (Destino) y *Toreo de Salón* de 1984 (Lumen). *Las vacas de Olite y otros asuntos de toros* de Rafael García Serrano aparecen de nuevo en Planeta (Barcelona, 1981), mientras que *Death in Afternoon* y *The dangerous summer* de Hemingway, tienen edición inglesa de 1986 coincidiendo con la reedición española de *El verano peligroso* (Planeta, Bar-

celona) y *Los clarines del miedo*, de Ángel María de Lera se reeditan en Austral en 1980.

Por su parte, en *Quites* también se propicia el rescate de *Tres novelas taurinas del 900*, a cargo de Abelardo Linares, en volumen que dio en reunir piezas de López Pinillos (Parmeno), Hoyos y Vinent y del «inefable» Eugenio Noel. Alianza Editorial colabora con dos ediciones de importancia: en 1979 aparece en Alianza Tres la traducción de Pedro Salinas de *Los Bestiarios* de Henry de Montherlant, quien, antes que Hemingway (en 1926, aunque revisó y publicó otra edición para *La Pléiade* en 1947) y quizá como contrapunto europeo a la generación perdida americana, encontró en las corridas de toros la acción, el coraje y la audacia que le llevó desde *Le Songe* a una particular y sugerente continuación de la narración tradicional en pleno auge vanguardista. En 1986, la misma editorial recupera *El torero más valiente y otras prosas*, de Miguel Hernández, sólo conocidas hasta entonces fragmentariamente, en el que, al lado de la obra teatral que en parte había dado a conocer *El Gallo Crisis* en 1934, aparecen relatos exhumados de la olvidada producción del poeta. También Turner aportaría la edición castellana de *El matador* de Barnaby Conrad, elogiada por Faulkner (Madrid, 1991), del mismo autor que ya escribiera su *Encyclopedia of Bull fighting* (Cambridge, Mass. 1961); *Gates of fear. Great exploits of the world's bull-ring* (New York, 1957), *La fiesta brava. The art of the bull-ring* (Mass. 1953), *The death of Manolete* (Cambridge, Mass. 1958) y *Double death in the bull-ring* (New York, 1958).

Entre la narrativa de estos años, los frutos taurinos son escasos pero no quisiera terminar sin dejar constancia, al menos, de la historia de *Juncal* de Jaime de Armiñán (Espasa, 1989), base de un conocido guión televisivo; de *Granadero, toro bravo*, de Rafael Morales (Ávila, 1988), libro que incluye un prólogo de Jean Cocteau; de *El torero es grandeza*, muestra del arte sabroso de Joaquín Vidal (Turner, 1987); y, por fin, de los relatos de William Lyon reunidos en el título *La pierna del Tato*, publicado en Madrid, por Ediciones El País en 1987.

Y, por esta vez, «the rest is not silence».

Enrique Andrés Ruiz

Funcionalidad e ironía en Musil*

Robert Musil consideraba al hombre como un ser paradójico. Su ser y su razón son tanto sensibles como racionales pero el desarrollo de las civilizaciones tiende a dividir ambas facetas. Su comodidad lo inclina hacia el mantenimiento de órdenes estables, pero en él no deja de bullir el impulso a socavar los mundos que se yerguen autosatisfechos. Opinaba que todo equilibrio —social, afectivo, intelectual— es provisional, pero igualmente que los procesos de desmembramiento anhelan otro equilibrio sustitutorio. Muchas de sus concepciones, parecen prefigurar el estructuralismo como corriente filosófica (no en vano le interesó mucho la teoría psicológica de la *Gestalt*). La acción humana, dice Piaget, como un mecanismo de continuo reajuste y reequilibración. Equilibrios, según Musil, más o menos estables, más o menos adecuados al ser del hombre o a sus situaciones. Por ejemplo, el espíritu de cálculo propio de las sociedades modernas margina la sensibilidad respecto a la razón. Con ello, ciertamente, el hombre se desvía de su ser sensorio-racional, pero se ajusta —con sus pros y contras— a una determinada situación histórica.

Los escritos burlescos teóricos que tenemos ahora la oportunidad de leer en castellano no sólo facilitan la comprensión de su obra literaria —siempre densamente reflexiva—, sino que constituyen un interesante filón de posiciones ontológicas, antropológicas, epistemológicas, metodológicas, éticas, estéticas y de filosofía de la historia que este autor nunca se animó a entramar filosófica-

mente. Intentaremos explicar en esta nota el sentido último de la ironía de Musil¹.

Entre los artículos contenidos en este volumen se encuentra *Apuntes sobre el conocimiento del escritor*, en el que se define la dicotomía que considero como eje central de la obra de Musil. Se trata de la distinción ontoepistemológica entre lo *racioide* —sistematizable, repetible, comunicable unívocamente— y lo *no racioide* —no repetible, difícilmente comunicable, ambiguo—. Respecto a ambos terrenos, el hombre, en tanto que ser sensible-racional, realiza una misma operación: la de *dar forma* a una realidad que se nos aparece como informe. Nuestro entendimiento y nuestros sentidos se esfuerzan en establecer cadenas de relaciones, intentan encontrar «formas» en las que podamos encuadrar la realidad. De un lado, insistiendo en lo fijo, se formaliza lo racioide y surgen los conceptos. La experiencia se ofrece entonces como ámbito cerrado tal como pretende el científico con sus síntesis generales. De otro lado, partiendo de las vivencias e intentando descubrir nuevas relaciones, se formaliza lo no racioide y pueden surgir ideas. Se ofrecen, en este caso y por lo que concierne a las personas, modelos de hombre, se inventa el hombre interior.

Antes de seguir avanzando quisiera indicar que en mi opinión es muy probable que Musil tuviera presente la distinción de Schiller entre el *Yo (Selbst)* —es decir, lo que hay de constante y universal en los seres humanos— y sus determinaciones o *estados (Zustände)* que son cambiantes. En toda persona, por ejemplo, podrían distinguirse, como partes de su Yo, las esferas racioide y no racioide. Pero según prevalezca en el hombre su tendencia racioide —dispuesta a fijar, estabilizar, consolidar— o no racioide —dispuesta a encontrar nuevos vínculos— se encontrará en uno de los dos estados prototípicos que Musil distingue: el «estado normal o usual» y el «otro

¹ Robert Musil. Ensayos y conferencias. *Visor / La balsa de la Medusa*. Madrid, 1992. Traducción de José Luis Arantegui.

² En el n.º 502 de Cuadernos Hispanoamericanos (abril, 1992) pueden consultarse aportaciones de Blas Matamoro y mías a la comprensión de este autor.

Beda Allemann se ha ocupado convincentemente de la ironía en Musil en su libro *Ironie und Dichtung*, Verlag Günther Neske Pfulligen, 1956. Existe traducción italiana: *Ironia e poesia*, U. Mursia & C. 1971. Torino. Según B. Allemann la ironía en Musil es un principio casi metodológico que afecta al objetivo sintético propio del autor austríaco y que ha de ser matizada por el peso mítológico de la utopía.